

Caroline Blackwood  
Últimas noticias  
de la duquesa



Al morir el duque de Windsor en 1972, su viuda Wallis, por entonces con setenta y seis años, se apartó de la vida pública y se recluyó en el palacete del Bois de Boulogne que les había cedido el Gobierno francés.

En 1980 *The Sunday Times* aceptó la propuesta de lord Snowdon de hacerle una nueva fotografía. Caroline Blackwood sería la encargada de escribir el texto para acompañarla. Nadie, sin embargo, había valorado lo suficiente que la duquesa se hallaba bajo la tutela legal de una abogada de ochenta y cuatro años llamada Suzanne Blum, que la protegía hasta unos límites exasperantes. Conocida por extorsionar y torturar psicológicamente a quien osara acercarse a ella, era realmente lo que el dragón para la Bella Durmiente. Hubo que esperar quince años –hasta la muerte de la letrada– para poder contar lo sucedido.

*Últimas noticias de la duquesa* (1995) no es solo la crónica de un duelo titánico complicado por toda clase de ardid, absurdos y mentiras sino una reconstrucción sangrante de la vida de la pareja que fue uno de los iconos románticos del siglo XX. Entre chismes y exabruptos escandalosos, asoma un gran estudio sobre la vejez y la decadencia, los delirios de grandeza y el carácter de prisioneras de buena parte de las mujeres. El libro es, por otra parte, un texto idóneo para periodistas, en su condición de *making of* de un reportaje imposible.

Para Hugo Vickers, Evgenia y Sheridan

## Nota para el lector

*Últimas noticias de la duquesa* no pretende ser una obra biográfica convencional. Es un entretenimiento, un análisis de los efectos fatídicos del mito, un oscuro cuento de hadas.

C. B.

## Prólogo



El presente estudio del inusitado destino de la duquesa de Windsor me interesó en primer lugar como una historia de ricos y famosos que, como en tantas ocasiones, acaban a merced de sus empleados. Esta crónica se escribió en 1980. Por razones obvias, su publicación se pospuso hasta la muerte de la necrófila abogada de la duquesa, la letrada (*Maître*) Blum. Cuando *The Sunday Times* me envió a entrevistarla, afirmaba ser, aunque esto se ha cuestionado, la apoderada de la señora Simpson y se había arrogado el derecho de actuar como su portavoz: yo entonces no tenía la menor idea de la cantidad de testimonios contradictorios que iba a recibir sobre la situación actual de la duquesa. La duquesa era mayor. Di por sentado que su estado de salud, como el de tantísima gente de su edad, no sería perfecto. Con todo, cuando su abogada empezó a contarme alegremente mentiras descomunales sobre la vida pasada y presente de su representada, me interesó desvelar los motivos por los que se estaba alimentando a la prensa mundial con falsedades aparentemente sin sentido. Y, como la letrada ocultaba con un velo de silencio la verdadera situación de su distinguida protegida, me vi obligada inevitablemente a adentrarme en el terreno de la

especulación. Por supuesto, en ningún momento fue mi intención calumniar a quienes cuidaban de la duquesa. El lector sacará sus propias conclusiones, y puede que únicamente el tiempo esclarezca la pura y completa verdad.

## Capítulo I



La primera vez que oí hablar de la señora Simpson, futura duquesa de Windsor, yo era una niña y vivía en el Ulster. Entonces era demasiado pequeña para entender el escándalo que estaba organizando esa mujer, pero las violentas emociones que despertaba en la gente me picaron la curiosidad. En una comunidad protestante y sitiada, cuya identidad dependía de su lealtad a la Corona británica, la figura de la señora Simpson inspiraba terror. Constituía una amenaza para la Iglesia y la monarquía. Simbolizaba sexo y maldad. Los ojos de asombro y los cuchicheos morbosos eran la reacción habitual cuando se decía su nombre. «Esa horrible divorciada americana», oí que la llamaban. La señora Simpson empezó a intrigarme entonces porque las dos últimas palabras de tan alarmante epíteto se pronunciaban con el ánimo de que resultaran mucho peores aún que el «horrible».

Pasó mucho tiempo hasta que descubrí qué había hecho aquella mujer. Cuando el futuro rey de Inglaterra anunció su decisión de abdicar para casarse con ella, la noticia se recibió como una tragedia, como un acto tan obscuro y sobrecogedor que había que ocultárselo a los niños.

Pero precisamente por el secretismo que envolvía el delito, y porque solo me llegaban murmullos del desprecio que inspiraba, la señora Simpson empezó a convertirse para mí en un personaje misterioso y fascinante. Había hecho algo que para el mundo adulto era impronunciable.

La relacioné primero con un pecado tentador y misterioso y luego con la pérdida, porque perdí mi taza de la coronación. Unos meses después de la abdicación compré una taza en una tienda de *souvenirs* del barrio. A pesar de lo provinciana que ha sido siempre, Irlanda del Norte se adelantó a su tiempo, fabricando un *souvenir* de un acontecimiento que nunca llegó a ocurrir.

Mi taza grande y vulgar celebraba la coronación de Eduardo VIII. Y llegó a ser muy valiosa para mí, pues comprobé que tenía el efecto de una descarga eléctrica en todo aquel a quien se la enseñaba. Era capaz de suscitar una complicadísima sensación de rabia, repugnancia y traición. En un lado de la taza había un vulgar dibujo del atractivo perfil de Eduardo VIII. Tenía un aire glorioso y noble con la corona puesta.

Aunque era evidente que a nadie le gustaba mi taza, me dijeron que no me desprendiera nunca de ella. Sería cada vez más valiosa. Su futuro valor como pieza de coleccionista era incalculable.

Guardé como un tesoro muchos años mi taza de la coronación hasta que, con el tiempo, la perdí. Nunca llegué a saber si me la robó un ladrón avisado o si alguien la rompió al lavarla, después de utilizarla como taza. Por algún tiempo tuve una atosigante sensación de culpa por haberla perdido. Al desaparecer, pareció aún más valiosa



y se sumó a la horrible y creciente lista de cosas valiosas que se me habían escurrido de las manos por no cuidarlas como es debido.

Como es natural, mis remordimientos por la pérdida de esta taza insustituible se diluyeron con el paso de los años. Luego, en 1980, *The Sunday Times* me pidió que escribiera un artículo sobre la duquesa de Windsor, y el encargo revivió mi antigua curiosidad infantil por la mujer que había dado a mi taza un valor tan singular.

Francis Wyndham, el editor jefe, me contó que lord Snowdon tenía un proyecto interesante. Quería fotografiar a la duquesa de Windsor. Me propusieron que fuera a París para hacer la crónica del momento en que se tomaba esta curiosa fotografía.

Mi primera reacción a la propuesta fue de desconcierto. ¿Cómo podía querer lord Snowdon fotografiar a la duquesa de Windsor? ¿Cómo podía querer fotografiarla si la duquesa seguramente estaba muerta?

—¿Sabemos si la duquesa está en condiciones de que le hagan fotos? —pregunté.

Por lo visto era muy difícil averiguarlo. Lo único que se sabía de la duquesa era que llevaba varios años recluida y postrada en una cama. Vivía en Francia, en una casa enorme, en un extremo del Bois de Boulogne. Lord Snowdon no tenía la menor idea de cuál era el estado de la duquesa. Por tanto, su proyecto era muy delicado.

La duquesa de Windsor tenía entonces supuestamente ochenta y cuatro años. Se encontraba bajo la tutela exclusiva de la letrada Blum, una mujer que tenía más o menos la misma edad que ella y era muy temida y respetada en

París. Era su apoderada y se había convertido en su portavoz. Tenía un control absoluto sobre el patrimonio de los Windsor. Quien quisiera información sobre la duquesa tenía que ponerse en contacto con la letrada Blum. Francis Wyndham se encargaría de este cometido y me comunicaría si la imaginativa empresa de lord Snowdon era viable.

Puse todas mis esperanzas en que lo fuera. Tenía un gran interés por conocer a la duquesa de Windsor y tenía muchas ganas de visitar su legendaria y preciosa residencia en Francia. También me parecía interesante que alguien inmortalizara el momento en que lord Snowdon la retratara. El momento en que un aristócrata divorciado tomaba una instantánea de una aristócrata divorciada. Seguro que la imagen tenía cierto valor histórico y se convertía en icono oficial de un acontecimiento tan irreal como el mundo de *Alicia en el País de las Maravillas*.

No tardé en descubrir que el proyecto de lord Snowdon era imposible. Francis Wyndham habló con Diana Mosley, la mujer de *sir Oswald Mosley*, el líder fascista de Inglaterra. *Sir Oswald* había sido amigo, admirador e imitador de Hitler. En los años treinta, soñaba con convertirse en el Führer de Gran Bretaña. Organizó a un grupo de jóvenes matones que se darían a conocer como los Camisas Negras. Los desagradables seguidores de Mosley se parecían mucho al movimiento de las Juventudes Hitlerianas. Deambulaban por Londres, uniformados con sus camisas oscuras, buscando judíos y «extranjeros» a los que provocar y apalea. Cuando se declaró la guerra entre Gran Bre-

taña y Alemania, *sir Oswald* y su guapa y aristocrática mujer fueron condenados a prisión por sus actividades pro-nazis y su abierta adhesión al nazismo. Diana Mosley era por aquel entonces tan fanática de Hitler como su marido. Le puso un apodo y le gustaba llamarlo «querido Hittles». Su hermana, Unity Mitford, otra belleza de la clase alta británica, tenía un compromiso aún más profundo con él. Se enamoró apasionadamente del *Führer* unos días que pasó como invitada suya antes de la guerra. Al enterarse de la declaración de guerra por parte de los británicos, Unity intentó suicidarse. Sobrevivió al intento, aunque con lesiones cerebrales, y estuvo muchos años sin poder hablar.

Después de la guerra, *sir Oswald* y su mujer quedaron en libertad, aunque parece ser que se sentían muy mal vistos y nada cómodos viviendo en Inglaterra. Poco después se mudaron a Francia. Allí conocieron a otra pareja notable afincada en el país galo por no contar con la aceptación del *establishment* británico. Los Mosley se hicieron íntimos amigos del duque y la duquesa de Windsor.

En su conversación con Francis Wyndham, *lady Mosley* se mostró muy preocupada por la duquesa. Temía que pudiera encontrarse en una situación terrible. Hacía tres años que la letrada Blum no le permitía ver a su amiga. La duquesa estaba encerrada en su casa de París, en un extremo del Bois de Boulogne. Si a las amistades de la duquesa se les impedía verla, era muy improbable que la letrada Blum accediera a que alguien le hiciese unas fotos: ni en sueños.

Mientras intentaba averiguar cuál era el estado de salud de la duquesa, Wyndham notó que, sin nombrarla abierta-

mente, todo el mundo hablaba de la letrada Blum con un temor extrañamente parecido al terror en estado puro. La definían siempre como una mujer «formidable» y «beligerante». A Wyndham le pareció interesante concertar una entrevista con la propia letrada Blum. La vieja y belicosa *éminence grise* que se escondía detrás de la duquesa enferma aparecía de pronto como un personaje de lo más intrigante. A mí me pareció una buena idea, y Wyndham dijo que intentaría acordar una entrevista con la abogada.

Yo quería saber algo de la letrada Blum antes de entrevistarla, así que compré *The Windsor Story*, obra de dos periodistas estadounidenses que fueron los «negros literarios» de las autobiografías del duque y la duquesa antes de publicar su propio libro, de gran éxito, en el que sostienen que la vida del duque, desde que renunció al trono, estuvo marcada por el sufrimiento, el arrepentimiento y los reproches. Busqué en el índice el nombre de la letrada Blum.

Encontré solo dos referencias a ella, un esbozo muy poco detallado y aun así levemente revelador de su inolvidable y autoritaria personalidad<sup>[1]</sup>. «La letrada Suzanne Blum –decían Bryan y Murphy–, que tanto había impresionado a la duquesa con su astucia y en cuyo criterio esta había llegado a confiar...» Este tipo de afirmaciones imprecisas despiertan la curiosidad del lector. ¿Cuál fue, exactamente, la primera vez que la letrada impresionó a la duquesa con su astucia? ¿En qué momento empezó esta famosa mujer de Baltimore a confiar únicamente en el criterio de su abogada francesa?

En su semblanza de Suzanne Blum, los periodistas la presentan como una mujer más o menos de la misma edad que la duquesa. Como profesional tenía fama de ser «rápida, fría, lista y dura».

Bryan y Murphy afirman a continuación que la letrada Blum se fue a Nueva York, huyendo de la ocupación alemana, y estudió Derecho en la Universidad de Columbia. En 1958 representó a Rita Hayworth en su divorcio de Alí Khan, y entre sus clientes figuran personajes de Hollywood como Charlie Chaplin, Jack Warner, Darryl Zanuck, Walt Disney y Merle Oberon. Su primer marido también era abogado: el delegado en París de Allen & Overy, un bufete inglés en el que trabajaba *sir* Godfrey Morley, que siempre había representado al duque. Fue el primer marido de la letrada Blum quien «llamó su atención sobre los Windsor».

Bryan y Murphy cuentan cómo la duquesa de Windsor pidió a lord Mountbatten que fuese a verla poco después del funeral del duque. La duquesa, desesperada, estaba convencida de estar en la ruina y de que el gobierno francés iba a echarla de la preciosa casa de Neuilly donde les habían dejado vivir gratis. Se imaginaba sin blanca y a punto dormir en la calle. Parece ser que tanto ella como el duque estuvieron siempre dominados por un terror neurótico a la pobreza.

Lord Mountbatten la tranquilizó. El duque se lo había dejado todo a ella. Ni un solo penique iría a parar a una institución benéfica, amigo, pariente o criado. La única excepción era *lady* Brabourne, una de las hijas de lord

Mountbatten, que tuvo la dudosa suerte de recibir del duque un árbol genealógico de la familia real dedicado.

A lo largo de los años, el duque había regalado a la duquesa joyas por un valor aproximado de más de cinco millones de libras. Algunas eran heredadas de la reina Alejandra, lo que significaba que parte de las joyas de la Corona británica habían terminado en manos de la divorciada americana.

Lord Mountbatten le pidió a la duquesa que no se dejara llevar por el pánico. Le aseguró que su herencia no podía ser inferior a varios millones de libras. Estaba seguro de que, si Francia había sido tan generosa con el duque exiliado, no era probable que cambiara de actitud a raíz de su muerte y quisiera expulsar o penalizar a su viuda.

Lord Mountbatten tenía mucha razón. El gobierno francés no tardó en informar a la duquesa de que no tendría que pagar el impuesto de sucesiones por ninguna de las propiedades del duque. Ahí se vio especialmente favorecida. También se le permitió conservar la casa del Bois de Boulogne mientras viviera.

Tranquilizada por Mountbatten de que no corría peligro de caer en la miseria, la duquesa quiso saber qué hacer con tanto dinero. No tenía parientes cercanos. Quería perpetuar de algún modo la memoria de su difunto marido. Tal vez fuera una buena idea crear una fundación Duque de Windsor. «¿Crees que Carlos estaría dispuesto a participar?»

Lord Mountbatten estaba seguro de que al príncipe Carlos le encantaría ser presidente de la fundación. Lo único que tenía que hacer la duquesa era una lista de las organi-

zaciones benéficas a las que al duque le habría gustado apoyar, y los administradores se encargarían de transferir los fondos en su nombre.

«La duquesa aplaudió», según Bryan y Murphy. Aquí empezó a asomar mi escepticismo. ¿Cómo sabían que la duquesa, que entonces tenía casi ochenta años, había hecho un gesto de alegría tan infantil? ¿Estaban presentes los periodistas mientras discutía con Mountbatten los detalles de esta transacción económica tan íntima?

—¡Es una idea estupenda! —exclamó la duquesa—. Le pediré a Godfrey Morley que modifique mi testamento inmediatamente, y luego lo aclararemos con mi abogada francesa.

Entonces cayó la bomba. La abogada francesa de la duquesa no era otra que la todopoderosa y polémica Suzanne Blum.

Sir Godfrey Morley, que llevaba toda la vida representando a los Windsor, nunca llegó a recibir instrucciones de crear una fundación benéfica Duque de Windsor. Cuando volvió a tener noticias de la duquesa, esta le comunicó que había desistido de la idea de la fundación y ya no necesitaba sus servicios. En lo sucesivo, su única asesora legal sería la letrada Blum.

Sir Godfrey Morley nunca supo el motivo de un despido tan brusco, ni cómo o por qué la letrada Blum disuadió a la duquesa de crear la fundación. Cuando lord Mountbatten supo que el proyecto benéfico de la duquesa se había abandonado, parece que se enfadó. «¡Mierda! —dijo—. ¡El dinero era de él, no de ella!»